

II CONCURSO REGIONAL DE LECTURA EN PÚBLICO

LECTURA OBLIGATORIA

Categoría B (Educación Secundaria). Modalidad individual.

Pero aquella mañana despachó las clases sin voluntad ni inspiración, comió con bocados ausentes y hubo de volver cuatro o cinco veces sobre la misma frase para enterarse de lo que leía. Desde el seminario, miraba por entre la persiana el chorro continuo de la fuente en el patio y oía las voces de los jóvenes, y una tristeza antigua, que era la misma tristeza salada que había sentido de niño al asomarse a las calles vacías las tardes de domingo, lo iba ganando por momentos. El episodio de Contreras y la imagen del jardín agostado empezaban a colmarlo como un peso físico o una punzada de dolor. <<Sesenta años>>, se dijo, y de nuevo intentó calcular el tiempo que le quedaba por vivir. En cualquier caso, no había que hacer muchas cuentas para adivinar que el plazo sería por fuerza breve si lo comparaba con la amplitud del tercer proyecto, e incluso del segundo, o sencillamente con los libros fundamentales que le faltaban por leer. Bien pensado, quizá su vida no había sido tan laboriosa ni fructífera como él había dado siempre por supuesto, y se rascó el cogote, deslumbrado por aquella sospecha. En la fuente había un hervor de avispas, y el resplandor vibrante del sol ponía en el conjunto un temblor borroso, y así es también como se le presentó de pronto la imagen de su propio futuro. "Ah, pobre Belmiro", se dijo entonces, oyendo por dentro, clara y alta, la profecía inapelable de su voz, "te morirás sin leer esos libros, y tu vida y tu obra quedarán a medio hacer". Y además siguió elucubrando, ya pronto empezarían a menguarle las energías y a flaquearle la memoria, vendrían los primeros achaques, y por esas grietas irían entrando luego, una a una o todas a saco, las miserias propias de la vejez. Quién sabe si tendría entonces que refugiarse en un asilo, sufrir humillaciones, calzar quieras que no zapatillas de fieltro a cuadros, tomar el sol recostado en el muro de un patio de tierra, haciendo hilera con otros viejos, llevar en el bolsillo un pañuelo sucio e indistinto para los mocos y las lágrimas, andar temblón por un pasillo con la garrota por delante, aguantar rapapolvos y carantoñas de monjitas, hacer pucheros, derramar la sopa, ver la televisión en grupo las tardes de invierno, oír villancicos en Navidad, toser y gruñir y esperar a la muerte mientras recordaría vagamente a Ticiano, a Maquiavelo o a Mozart. Pero, sobre todo, pensó

de pronto con un escalofrío de pánico, ¿qué iba a ser finalmente de sus libros y de sus cuadernos y papeles, y de su música y de su colección de láminas de arte? Sin esfuerzo ni error, vio cómo su biblioteca se vendía en almoneda y se fragmentaba en tenderetes callejeros, y cómo todo lo demás concluía, rematado al peso, en una trapería, o reciclado en prospectos publicitarios, guías telefónicas y periódicos sensacionalistas. En efecto, la ruina repentina y absoluta del jardín era la imagen exacta de lo que había de ocurrirle a él mismo y a sus cosas. Y fue entonces cuando, conscientemente, se le reveló el absurdo de que su saber, reunido con tanto trabajo y amor durante tantos años, habría de perderse con él, de golpe y para siempre. En ese momento sonó el timbre. Belmiro Ventura distribuyó por la cartera el termo, la servilleta y el cuchillo, sin prisas, dando tiempo a que los estudiantes entrasen en las aulas y cesaran sus gritos. Ahora, en el patio callado y solitario, podía oírse lejano, casi irreal, el surtidor de la fuente. Lo oyó como el parloteo ilegible de su propia conciencia, y siguió oyéndolo sin entender nada cuando cerró la puerta y echó a andar como si avanzase ya por el pasillo del asilo y la cartera fuese su garrota de viejo. Jamás había experimentado aquel sentimiento de postración, ni aquel desánimo sin retorno que lo incitaba a imaginar su vida como un pañuelo a medio uso encontrado en el bolsillo de un suicida o de un soldado muerto en las trincheras de Verdún.

Texto extraído de ***Caballeros de fortuna***
de ***Luis Landero***